

Prólogo

Lo que la primavera hace con los cerezos

Al comenzar un curso de doctorado en la Universidad de Málaga, el primer día de clase, pregunté a los alumnos y a las alumnas por qué querían cursar esos estudios. Cada persona fue formulando sus motivos: quiero seguir aprendiendo, me gustaría hacer la tesis, deseo aprender a investigar, necesito mejorar mi práctica docente...

Hubo alguien que dijo:

—Es que yo quiero dejar de ser una simple maestra de infantil.

—¿Por qué dices «simple» para referirte a la tarea que realizas en esa etapa del sistema educativo?, le pregunté.

Hablé de la enorme plasticidad que tiene una persona a esa edad, de la poderosa auctoritas que posee una maestra sobre el grupo (la maestra es infalible para sus niños y las niñas), del largo tiempo de estrecha convivencia, de la intensa relación afectiva que se establece entre niños-niñas-maestra, de lo cuidados que están los espacios, del clima emocional que reina en el aula, de la calidad de los profesionales de la etapa, de la permanente innovación que se realiza en ella, de la intensa colaboración de las familias...

Explicué que en la antigua Roma, auctoritas no era simplemente autoridad, sino una influencia moral y social basada en el prestigio, la reputación y la capacidad de ejercer una influencia en los demás. Era la capacidad de ganar la confianza y el respeto, la cual se distinguía de la potestas, que era la autoridad legal y el poder oficial. La auctoritas se manifestaba en la capacidad de influir en las decisiones y el comportamiento de los demás, no por mandato, sino por la admiración y la confianza que inspiraba. Etimológicamente, la palabra autoridad proviene del verbo latino auctor, augere, que significa hacer crecer.

Conté que, cuando mi hija Carla estaba en esa etapa, no había discrepancia que no se saldase en favor de su maestra, aunque estuviese defendiendo que dos más dos son cinco:

Papá, lo ha dicho la seño... (Es decir, palabra de Dios, te alabamos, Señor).

¿Qué valor tenía para ella la tesis de su padre, por muy catedrático de Universidad que fuese, comparada con la sabiduría que atesoraba su maestra que, además, era guapa y la quería con locura?

Hablé de los aprendizajes que brinda la espontaneidad, el ingenio y la frescura de los niños y de las niñas en esa etapa (Santos Guerra, 2020). Me acababa de contar una maestra de Santiago de Compostela que el primer día de clase les había colocado a los niños y a las niñas una pegatina en la espalda para que, en caso de verles por detrás, les pudiese llamar por su nombre. A uno de los niños se le despegó la pegatina, cayó al suelo, el niño la recogió y acudió a su maestra con ella en la mano. Y le dijo mientras se la entregaba:

—Seño, se me ha caído el precio.

El libro que tienes en las manos, querido lector, querida lectora es el mejor alegato para hacer trizas el adjetivo que aquella maestra de infantil le puso a su complejísimo e importante oficio.

Hay personas que identificamos con una tarea, una causa, un proyecto. Para mí, decir Cristóbal Gómez Mayorga es igual que decir Educación Infantil. No cualquier tipo de Educación Infantil, claro, sino una Educación Infantil de altísima calidad, de intensa cercanía emocional, de perspicacia en el diagnóstico y de eficacia en la intervención... Cristóbal Gómez Mayorga, maestro de Infantil.

Hace ya muchos años (hablo de 1980) cuando me hice cargo de la dirección de un colegio en Madrid, nos planteamos por qué había solo maestras en Preescolar. Todas las explicaciones se desvanecían como nieve al sol: siempre se ha hecho así, las mujeres son más sensibles, las familias lo desean, los niños y las niñas lo prefieren... Hicimos un proyecto coeducativo que plasmamos en un libro (Santos Guerra, 1984) y decidimos que la mitad de los maestros de la etapa de Preescolar fuesen varones. La experiencia fue fantástica, según nos dijo la evaluación que realizamos de la experiencia. Y aquí tenemos en Cristóbal un argumento irrefutable.

Este es un caso palmario en el que se puede constatar que un alumno acaba siendo mejor que su maestro. Estoy convencido de que si Cristóbal entra en un aula de Infantil, capta de un vistazo, atrae con una sonrisa y se lleva de calle a todo el grupo en unos segundos. Y, lo que es más importante, sabría cómo intervenir de manera eficaz con el grupo y con cada uno mil veces mejor de lo que pudiera hacer yo por mucho empeño que pusiese. Y esa es una fuente de enorme satisfacción y alegría: que tus alumnos te superen.

Cristóbal escribió hace algunos años un libro titulado «Pensando en la infancia». Ahora, después de jubilarse, nos regala la otra cara de la moneda: «Sintiendo la infancia». Una moneda de altísimo valor. Ya sé que en el primer libro había mucha emoción y en este hay también mucha y buena teoría. Porque en los dos maneja una excelente simbiosis de teoría y de práctica. Su pensamiento se articula en la práctica de las aulas y su emoción nace, se desarrolla y se derrama.

ma (como a él le gusta decir) en las aulas. Cristóbal transita con soltura por el puente de esa simbiosis.

Es preciso decir que las obras de Cristóbal salen de la práctica y vuelven a ella iluminándola y enriqueciéndola. Resulta delicioso ver cómo elige el caso de un niño o de una niña, con qué rigor lo analiza, con qué sentimiento y respeto lo trata y cómo nos hace partícipes de ese pequeño milagro que es la educación. Ese milagro, mezcla de ciencia, de arte y de amor que hace con los niños y las niñas lo que la primavera hace con los cerezos.

La estructura del libro tiene siete partes. En cada una de ellas el autor incluye un número desigual de relatos (9 el que menos y 22 el que más). La inclusión de cada uno en el correspondiente epígrafe se hace con criterios muy flexibles, pienso yo. Es decir, que algunos podrían situarse en varios epígrafes. Todos ellos recogen hechos vividos por el autor. Y, en cada uno, presenta, disecciona e interviene en la realidad no sé si con más emoción que rigor o con más rigor que emoción, haciéndonos partícipes a los lectores y lectoras, de la experiencia que ha vivido. Esa es otra cualidad de Cristóbal: que sabe contar con elegancia y ternura. Insisto muchas veces a los maestros y maestras en la necesidad de escribir. Porque ese pensamiento caótico y errático que muchas veces tenemos sobre nuestras prácticas, cuando nos ponemos a escribir nos vemos obligados a estructurarlo, a ordenarlo, a argumentarlo. Y nos hace comprender. Y luego ayuda a comprender a quienes leen esos textos.

Por eso es de agradecer esta tarea que acomete después de haberse jubilado. Cristóbal nos sigue haciendo partícipes de su práctica, de su teoría y de su emoción. Todo lo que escribe nace en el aula, nace en la escuela y, después de pasar por el alambique de la escritura vuelve al aula para comprender con más rigor y para mejorar con buen criterio.

Me gusta el hecho de que ponga en cuestión un diagnóstico de expertos, dando más valor a las personas que a las pruebas, dando más importancia a la persona que a la etiqueta. Y siempre acierta, no para su satisfacción sino para bien del niño o de la niña.

Cristóbal no solo es un maestro en la plenitud de todo lo que abarca este profundo concepto, es también un experto en Pedagogía Terapéutica. Y sabe muy bien que es más importante prevenir que curar. Por oficio, por sensibilidad y por convicción le preocupan más aquellos niños y niñas que necesitan una mirada más perspicaz, un oído más fino y una mano pedagógica más hábil. Cristóbal tiene un acusado tacto pedagógico para los más necesitados.

Estoy seguro de que este libro que tienes en las manos te cautivará, seas o no un maestro o una maestra de infantil. Lo disfrutarán también los padres y

las madres que son partícipes esenciales del proceso educativo que tiene lugar en la escuela. Les emocionará comprobar en qué excelentes manos dejan a sus hijos y a sus hijas. Y les animará a participar en la tarea que se realiza en las aulas. Los padres y las madres tienen que saber que todas las piedras que arrojen al tejado de la escuela caen sobre las cabezas de sus hijos y de sus hijas.

En el capítulo presenta algunos relatos sobre la pandemia. Relatos que fueron escritos en su momento y que hace bien en presentarnos porque recordar es volver a pasar la experiencia por el corazón. En el último capítulo recuerda Cristóbal a las personas que han influido en su pensamiento y en su forma de entender y vivir la profesión. Hay sinceridad, gratitud y emoción en sus palabras. Pero creo que quienes han ido configurando su condición de maestro han sido los niños y las niñas en las aulas, en los patios y en los pasillos de las escuelas. Lo confiesa abiertamente en la introducción. Ellos y ellas fueron su verdadera Universidad. Porque ha practicado con los niños y las niñas el arte de la escucha activa, de la magia de la mirada atenta, de los silencios profundos y de la palabra cargada de inteligencia y de afecto.

No me sorprende su visión crítica de la Administración Educativa, obsesionada muchas veces por la burocracia que absorbe un tiempo precioso en tareas aburridas y poco fecundas. Pero sí me sorprende que haya dejado para después de la jubilación la denuncia de algunas situaciones abiertamente condenables. Lo digo porque, dada su condición de funcionario, no era fácil objeto de represalias como sucedía en el caso de aquel empresario que les decía a sus trabajadores:

A mí me gusta que mis trabajadores me digan la verdad, aunque eso les cueste el puesto.

O el de aquel otro que, en una cena de empresa, cuenta un chiste a la hora de los postres y ve que todos los trabajadores se ríen a carcajadas menos uno que se queda impasible. El empresario le pregunta:

¿A usted no le ha hecho gracia?

A mí me ha hecho la misma gracia que a todos los demás, pero es que yo me jubilo mañana, contesta sin inmutarse el interpelado.

Tengo que confesar que el libro de Cristóbal es adictivo. Al menos lo ha sido para mí. Lo he leído de pe a pa. En casa, en aviones, en hoteles... Y he de confesar que tenía curiosidad por conocer nuevos episodios de este apasionado romance de Cristóbal con la infancia. Hasta que llegué a su fin. Por cierto, un final feliz. Como corresponde a una experiencia educativa, que es intrínsecamente optimista porque parte de un presupuesto inexorable: el ser humano puede aprender, puede mejorar. La educabilidad se rompe cuando pensamos

que el otro no puede aprender y que nosotros no podemos ayudarle a conseguirlo. Es tan consustancial el optimismo a la educación como mojarse para el que va a nadar. Sin optimismo podemos ser buenos domadores pero no buenos educadores. Y Cristóbal es un magnífico educador. Por eso es optimista. O a la inversa, que también puede ser.

Miguel Ángel Santos Guerra

Catedrático Emérito de la Universidad de Málaga.
Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oviedo
y por la Universidad Nacional de Villa Mercedes

Introducción

No me voy del todo

Me jubilé. Tengo tiempo para hacerme a la idea, para ir soltando lastres y amores. Aunque no creo que deje de ser maestro de escuela, se me clavó en el alma esta *profesión-pasión*. Esto no es una despedida, porque quisiera conservar ese poquito que me queda de maestro, para no irme del todo del mundo educativo, que fue y sigue siendo una buena parte de mi vida, una bonita forma de ser.

Hace algunos años dejé la Educación Infantil. Esos fueron mis mejores tiempos de docente. Di todo lo que pude, y no dejé de aprender para seguir dando. En esos más de 20 años aprendí todo lo que sé de la infancia, porque esas niñas y niños de 3, 4 y 5 años son la mayor universidad para quien desea educar. Siempre tuve los oídos abiertos de par en par para aprender, y dicen por ahí que fui alumno aventajado. La verdad es que me derramé en cuerpo y alma. Todo lo que aprendí lo fui dando a quienes quisieron abrir sus mentes inquietas. No quise nunca quedarme nada para mí. Me encantó compartir experiencias. Eso me llenó de satisfacción. Ya se sabe que quien más da es quien más recibe. Quizás, por eso aprendí tanto y sigo aprendiendo.

Luego vino el gran reto de acabar mis años profesionales como especialista en Pedagogía Terapéutica, intentando ayudar a la infancia más necesitada. Siempre me dediqué a ella como tutor del aula, pero ahora trabajaría todo el tiempo con esas criaturas que fracasan en una escuela no preparada para albergar la diversidad de la sociedad.

Este libro es continuación y complemento de mi anterior publicación, ***Pensando en la infancia***¹. En la presentación de mi primera obra, mi amigo, Emilio Andrés, me sugirió que el título debería haber sido *Sintiendo la infancia*, porque hay mucho de emoción en él. Pues esta segunda entrega no podría titularse de otra manera que con la sugerencia de quien tanto me ayudó a pensar sobre educación en nuestros paseos junto al mar.

Sintiendo la infancia es un compendio de las reflexiones realizadas después de mi jubilación, escritos desde lo vivido en mi etapa como educador. Reúne textos a partir de recuerdos sentidos en mi práctica; textos, por tanto, ya repo-

1 Gómez Mayorga, C. (2022): *Pensando en la infancia*. Ed. UMA.

sados, con cierta distancia, con más reflexión y con dosis de emociones sentidas en los muchos momentos que viví en el aula.

Se vive disperso, pero se debe narrar con coherencia, para dar sentido a la vida. Por eso estructuro el libro por categorías. Porque, quizás, escribir sea juntar nuestros pedazos, como dijo Eduardo Galeano; y con esta obra intento juntar mis desvaríos con algo de congruencia, por si pudiera servir al profesorado en su práctica educativa tanto como a mí me sirvió el escribirla.

Estos escritos no surgieron según lo presento, sino a borbotones emocionales. El libro se organiza en capítulos no previstos, no diseñados en un principio. Yo solo fui escribiendo lo que me iba soliviantando por dentro. Fueron reflexiones posteriores las que crearon categorías. Así fui haciendo analogías que conformaron los capítulos. Fue interesante para mí descubrir que escribo sobre determinados temas esenciales que marcaron mi práctica educativa: la diversidad, la inclusión, el poder, lo que educa, la conexión entre las personas y, especialmente, sobre lo que nos hace humano.

Gracias a mi amigo Emilio Andrés porque, paseando mis experiencias por sus reflexiones, ha provocado que afloren mis más profundos pensamientos sobre la infancia.

Gracias a mis compañeras de investigación Encarna Soto, María José Serván, Rosa Caparrós, Noemí Trapero, profesoras de la Universidad de Málaga, y mis compañeras maestras, Ana Laura, Gema Atencia, Ana Gallego, Carmen Guernica, Sole, Javi y Maribel. La interacción entre profesorado de la escuela y de la universidad genera una riqueza reflexiva única, y propicia la imprescindible relación entre teoría y práctica. Gracias a mis referentes pedagógicos por haberme enseñado tanto: Ángel Pérez, Miguel Ángel Santos, Miguel López Melero, Nacho Calderón, Nacho Rivas... Gracias a mi querida compañera y amiga, maestra siempre, Mari Carmen Díez. Gracias a tantas personitas que me han enseñado tanto: mi alumnado. Por último, reivindicar el valor de todas las personas que gastan su tiempo en la educación de la infancia, porque de ellas depende el futuro de este complejo e incierto mundo.

I. Sobre lo humano

La construcción de un ser humano

A un sabio camarero (toda persona sabe que quien está detrás de la barra de un mostrador ha escuchado lo suficiente como para ser un filósofo de la vida) le preguntaron que de dónde era su hijo adoptado. El veterano camarero respondió: *no sabemos, aún no habla. Cuando hable ya sabremos el idioma y de dónde proviene.*

El camarero hizo un chiste, pero la ingenua clientela se sintió complacida; tenía la creencia errónea de que somos seres biológicamente determinados. No sabía que el lenguaje, como la identidad, es una construcción social.

Cuenta Umberto Eco que Federico II de Sicilia, en el siglo III, quiso saber si el idioma primigenio de la humanidad era el hebreo, como indicaban sus asesores religiosos¹. Para ello, encerró a unos infantes con sus nodrizas con la consigna de que los cuidaran, los amamantaran y los lavaran, pero que no tuvieran comunicación con ellos. El caso es que, al cabo de un tiempo, los infantes *conversaron con Dios*. No, no hablaron en el idioma hebreo que pronosticaron sus asesores, sino que murieron. Porque el ser humano vive gracias a la palabra, al afecto y la conexión emocional, y esos bebés no lo tuvieron.

En la construcción de un ser humano hay algo más que el cuidado y el alimento. Es necesario que haya personas que den sentido y humanicen los movimientos, aleteos, llantos y risas que los bebés expresan por simple estímulo interno. Existe un halo mágico que humaniza cuando una persona hace algo con lo que el bebé emite.

No podemos negar la base biológica que nos determina como especie pero, para ser un ser humano, no es suficiente. Somos los únicos mamíferos que nacemos sin terminar, que nos completamos fuera de la madre. Quizás la posición bípeda del *Homo erectus* fue la causa. Nos lo cuenta Juan Luis Arsuaga en sus descubrimientos de *Atapuerca*². Al adquirir una posición erguida y estrechar las

1 Eco, Umberto (1994): *La búsqueda de la lengua perfecta*. Editorial Crítica, Barcelona.

2 Arsuaga, J. L. y Martínez, I. (1998): *La especie elegida*. Capítulo 10: El desarrollo. Editorial Booket. Barcelona.

caderas, la mujer parió un ser sin acabar para que pudiera salir por sus entrañas. Por eso el ser humano nace inmaduro y se completa después de haber nacido.

Dicen los científicos que una criatura humana nace incompleta, que viene al mundo solo con un tercio de su cerebro desarrollado. En los primeros tres años, completa el ochenta por ciento de sus posibilidades³. Así que ya sabemos lo determinante de los primeros años de vida y las posibilidades educativas de la primera infancia.

Debemos, por tanto, dar importancia a la crianza en los primeros años de vida en las familias, en la calle, en los centros educativos, en los parques..., o con las pantallas. Cada contexto tendrá sus consecuencias.

Aprendemos a andar sobre el primer año; a hablar, a partir de los dos, y a pensar... Algunas personas no lo consiguen en toda su vida. Fuera de broma, los humanos somos irremediamente seres sociales. Nos hacemos humanos en la interacción de los demás y con el contexto social y cultural en el que nos desenvolvemos.

El lenguaje es una construcción social. Esto supone cariño, escucha, miradas, mimos y música emocional. La inteligencia artificial nunca podrá educar ni enseñar una lengua a una criatura. Porque no es cuestión de algoritmos, sino de piel, de risas, de emociones compartidas, de inteligencia humana, de mirada a los ojos, de escucha, de dar sentido a la otra persona, de digerir los estímulos deseantes y convertirlos en complicidad sentida. Solo así construimos personas humanas.

Por eso, además de aprender didácticas y pedagogía, las maestras y maestros, debemos ser personas reflexivas, *sintientes* y *molientes*, con capacidad de conexión, personas que den sentido a las dificultades de nuestro alumnado. Solo así construiremos ciudadanos reflexivos y sensibles, seres humanos saludables.

3 Arsuaga, J. L. (2012): *El primer viaje de nuestra vida*. Editorial Temas de Hoy, Barcelona.

Construyendo humanidad

La primera comunicación es sensitiva, luego motriz y por último simbólica. Eso nos dice la ciencia hasta ahora. Una personita sin lenguaje verbal abre la boca para pedirnos que abra un cajón y salta para decirnos que lo cojamos en brazos. Piensa y se comunica con el cuerpo. Es demasiado complejo el lenguaje simbólico. Antes debe desarrollar los primeros soportes mentales para, a partir de ahí, construir, con base firme, las altas torres del pensamiento que, por último, será reflexivo.

Las sensaciones del cuerpo es lo primero, luego, en lo motriz está el incipiente pensamiento. Mucho después viene la palabra. El lenguaje se articula con conexión emocional; solo entonces es posible la verdadera comunicación. Lo último es la escritura. Porque para escribir, antes hay que sentir, actuar, pensar y tener intención comunicativa. Solo así, lo escrito llevará un mensaje dentro. Porque escribir no es hacer garabatos, ni pintar sonidos, sino transmitir mensajes a los seres queridos, es dibujar emociones que lleguen a otros corazones.

Pero hay gente y escuelas que creen que hay que aprender a escribir mientras antes mejor, saltándose etapas imprescindibles en el desarrollo. Y no. Es necesario comenzar por los cimientos y con paciencia, para que no se nos hunda el castillo de naipes del desarrollo. Primero, lo sensorial; luego, lo motriz, la imitación, la conexión emocional, el dar sentido a los traumas del cachorro, para que comience a digerir la complejidad de la existencia; y así, poco a poco, se conquista la cumbre de lo humano: lo simbólico, el pensamiento, la construcción de la subjetividad y la consciencia. Y por último la escritura pensada. Porque escribir sin conciencia ni es escritura ni nada. La escritura requiere conciencia, funcionalidad y sentido.

Todo esto es una obviedad, investigada y publicada, pero es necesario recordarlo hoy día; porque dicen que hay inteligencia artificial, que es *el no va más*. Debemos estar alerta del peligro que nos viene. Será divertido jugar con artilugios considerados inteligentes, pero artificiales, seguro que aportará valor añadido al mercado; pero la educación de la infancia necesita personas sintientes que construyan a otras personas. Solo pasito a pasito y con amor se construye un ser humano. Es necesario sospechar de la tecnología que nos quiere suplantar.

Igual que solo es posible injertar plantas del mismo género y de la misma especie, la humanidad deberá hacer brotar futuras generaciones si se conecta con yemas de humanidad. La construcción humana se hace posible desde lo humano. Lo demás es inteligencia deshumanizada. No existe, por tanto, intelligen-